

Gaspar de la noche

Primera edición: julio, 2022
Primera reimpresión: junio, 2024

Título original: *Gaspard de la nuit. Autobiographie de mon frère*

© Éditions Stock, 2018
© de la traducción: Olivier Tafoiry

© Vaso Roto Ediciones, 2022
ESPAÑA
C/ Alcalá 85, 7º izda.
28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com
www.vasoroto.com

Grabado de cubierta: Víctor Ramírez

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y gestionado por Bibliomanager

ISBN: 978-84-124844-0-3
BIC: DNF
Depósito Legal: M-19323-2022

Elisabeth de Fontenay
Gaspar de la noche
Autobiografía de mi hermano



Vaso Roto / Ediciones

La amistad juiciosa y valiente de Alice d'Andigné me ha acompañado cada instante en la escritura de este libro.

En memoria de un libro de Pierre Pachet

No se mira en el espejo. Rara vez sonrío, no se río, no llora. Nunca afirma: esto es mío, sólo pregunta a veces: ¿esto es para mí? Rara vez dice *yo* e ignora el *tú*. No pronuncia mi nombre. No obstante, cuando me veo por casualidad en un espejo, la sorpresa de descubrir sus ojos en mis ojos me obliga a suponer un parentesco de nuestras vidas secretas, a imaginar en él una historia que habrá proseguido en otro lugar y de la cual, como investigadora incompetente, impaciente y desconsolada, busco descifrar los mensajes demasiado escasos.

Ha llegado el momento, no sé bien por qué, ya que está vivo, de escribir sobre él, de desenmarañar lo que, entre rumores y secretos siempre a medio desvelar, y por el simple hecho de nuestra infancia compartida, he logrado entender de su silencio desesperante, de su permanencia en una irreversible ausencia de sí mismo. En realidad, sé que mi pesar se ha vuelto bruscamente incomprensible, al punto que debo ahora recordar y reflexionar, así signifique imaginar lo que ignoro. Su repentino envejecimiento impide que reconozca a aquel joven apuesto que era mi hermano en este anciano encorvado que camina a pasitos. Esta transformación reciente me sume en una desesperación nueva que a veces me vuelve injusta con él en el momento preciso en que, presa de la mayor de las miserias, necesita más que nunca mi cariño.

Mediante el andar solitario de un sufrimiento cuya profundidad no me era posible percibir y por el cual siento una inmensa compasión, nuestros padres entendieron que su hijo era y permanecería diferente a los otros. Pero es probable que no me adjudicara el derecho de describir este largo sufrimiento si no hubiera pensado a menudo haber hecho lo posible para que no hubiera lugar para los dos. Sin duda podría sugerirse que, cuando nació, sentí celos, como lo hacen muchos primogénitos, o que he conservado una creencia infantil en la omnipotencia de las ideas, y que estas reacciones dan cuenta de mi sentimiento de culpa. A este lugar común responderé que, si bien no he dejado de pensar que cargaba con una responsabilidad por el desperfecto de su ser, viví dicha responsabilidad como una pregunta y una deuda que debía saldar, y no como un síntoma.

Perturbada por este clima inestable, me pongo a escribir acerca de él, a sabiendas de que voy a llegar al final de lo que conside-

ro, hasta lo más profundo de mí, como una violencia: encerrar en un discurso a un ser que no puede saber ni entender que quien le es más allegada por la sangre y la fecha de nacimiento utiliza con él el poder absoluto que es la escritura.

Como lectora de obras en prosa, el estilo que prefiero es el de las oraciones largas. Me gusta su amplitud y su ritmo, su final que se deja o no adivinar, y las ambigüedades disimuladas en el orden o la confusión de sus meandros. Además, ya que enseñé filosofía, me sometí durante mucho tiempo al régimen discursivo de la argumentación y el desarrollo. Es decir, la sucesión de piezas disociadas que asumo al escribir estas líneas no aspira de ninguna manera a la selección de un género literario. Si este proceso alterna relatos y reflexiones, secuencias cortas y secuencias largas, además de pasar a menudo por alto la coordinación de los capítulos, es porque la disciplina de un encadenamiento sintáctico no habría convenido a las lagunas de mi memoria, ni a lo que caracteriza la deficiencia de Gaspar: la ignorancia absoluta de la causalidad y el tiempo. Me he resignado entonces a asociar pensamientos de manera ora deliberada, ora involuntaria, a raíz de las relaciones de contigüidad, parecido y contraste, en un proceso apropiado a mi rumia. Dada mi imposibilidad de delinear con precisión el entrelazado de mi vida con otra vida del todo ajena a la mía, dada esta lontananza inaccesible que me ha incumbido, he tenido que conformarme con escudriñar recuerdos para cotejarlos con ciertos momentos de nuestro presente.

Prefiero no decir su verdadero nombre, como si temiera ponerlo en peligro. Quizá esta prudencia proceda de una arcaica reacción de miedo, la de una niña cuya madre tuvo que ocultar su nombre de pila durante la Ocupación. Salvo que la prudencia permita a mi hermano trascender y me prohíba disponer de él a mi antojo. Debo entonces desnombrarlo y nombrarlo nuevamente.

¿Por qué, pues, haber escogido el nombre Gaspar? En primer lugar, por la G inicial, luego por Kaspar Hauser, ese adolescente encontrado en 1828 en Núremberg, aturdido, que apenas podía caminar, tenía un vocabulario limitado a unas cuantas palabras y sólo era capaz de garabatear su nombre. Europa entera se conmovió por el trágico destino de este hijo de príncipe, criminalmente secuestrado, privado de la leche de la palabra humana y convertido en el viejo niño asesinado al que cantó Verlaine.

«Sabed que mi pena es profunda;
¡rogad por el pobre Kaspar!»

En cuanto a *Gaspar de la noche*, ¿por qué me he adueñado de este título de un libro de Aloysius Bertrand publicado en 1842 y subtítulo *Fantasías a la manera de Rembrandt y Callot*? Sólo lo leí hace poco y no comparto la admiración que le profesaban, entre otros, Baudelaire y Mallarmé. Sin duda me atrajo la alianza perturbadora del nombre Gaspar con la noche y, así, se impuso en mí la idea de dar este nombre a mi hermano. Pero desvié esa noche de los juegos de claroscuro y de sus connotaciones fantásticas, la ensombrecí y, a decir verdad, la empobrecí. Denota, en mi relato, la ceguera de un ser que no se convirtió en sí mismo porque se encontró, desde siempre, o de repente, o poco a poco, desprovisto

de la exterioridad del mundo significativo y de la relación con los demás, privado de lo que llamamos, sin cuestionarnos, la realidad. La noche de Gaspar evoca un ser que no ha accedido a la condición de sujeto, a la posibilidad común y prodigiosa de decir *yo*. Es un enigma humano más, inesperado e impenetrable.

Pero, si reflexiono, me pregunto si no fue Ravel, sin que me diera cuenta, quien me dictó este título que él utilizó para una serie de piezas para piano inspirada por Aloysius Bertrand. Pues este mismo Ravel compuso, al principio de su obra, dos *melodías hebreas* y, en particular, *El enigma eterno*, canto extraño que me atormenta desde siempre porque su letra en yiddish sólo articula estas palabras:

«Mundo, nos interrogas...
 Contestamos
 tra la la lala lala...
 si podemos contestarte
 tra la la lala lala...
 Mundo, nos interrogas...
 tra la la lala...».

Identifico esta cantinela con la salmodia del texto oscuro que presenta a mi hermano, ya que, pese a su lenguaje pobre y repetitivo, Gaspar habla, y dudo obstinadamente de que sea una «fortaleza vacía». Por ello no pretendo escribir acerca de él, ni en su lugar, ni en su nombre. Sólo busco hacerlo existir tal y *como se ha disimulado a los suyos*, y no lo consigo sino usando la primera persona del singular en la cual la hermana, la narradora y la filósofa conviven de manera desapacible.

Me siento irrazonablemente cercana a un poema de Hugo, un fragmento de *Voces interiores*, un grito de amor hacia la prolongada fragilidad de su hermano, esquizofrénico como se dirá más tarde, que se desplomó definitivamente el día que Victor se casó con una mujer a la que ambos amaban y que arrastró hasta la muerte de su mísera existencia en el manicomio de Charenton. Cito unos cuantos versos de este poema:

«Ya que el Señor te concedió por insondable misterio,
 Un pozo para que no bebas, una voz para que calles,
 [...]
 Nada mal dijiste, nada extraño hiciste
 [...]
 Nada ensució tu mano ni tu corazón; en este mundo
 Donde cada uno corre, se apresura, y fragua, y grita, y reprende,
 apenas soñaste».

Tal vez lo que me conmueve sea sobre todo la dedicatoria de este poema, «A Eugenio, vizconde H.», esta manera enternecedora de dar su título de vizconde del Imperio al hermano mayor que lo había recibido sin que la transmisión hereditaria tomara en cuenta su locura. Pero ¿acaso no se trata, para Hugo, de otra manera de reconocer –al lado o en contra de su propia gloria literaria, de la cual hace muestra en estos mismos versos– que Eugène también era un poeta cuyos escritos podrían haberse vuelto célebres si la locura no hubiera sido, en esa época como en la nuestra, lo que Michel Foucault calificó de «ausencia de obra»?

Desconozco qué peripecia extrema precipitó a Gaspar a la inconsciencia de sí mismo, del otro y del mundo, lo convirtió en

una sombra, obligándolo a desterrarse de la subjetividad y la reciprocidad. Pero lo que creo saber es que tomé el lugar de mi hermano y, liberada por su mutismo, me quedé con nuestro nombre para mí sola.

¿Cómo atracar en esta lejana orilla? No puedo emprender un relato porque, si bien conozco más o menos lo que se le ha impuesto a Gaspar a lo largo de su vida, nada sé de lo que se rompió en él y se convirtió en ritos, en repeticiones inadecuadas y monótonas de ademanes y palabras. Y, ya que compartí su intimidad hasta los diecisiete años, en habitaciones contiguas, y sólo me tiene a mí en este mundo desde hace muchos años ya, temo disponer de su ser al presentarlo sólo como el origen de aquello en lo que me he convertido yo.

La tentación de encontrar a toda costa un sentido a su vida rebasa a menudo mi voluntad de racionalidad. Cuando leí, por primera vez, las palabras del místico alemán del siglo XVII Angelus Silesius –«La rosa es sin porqué, / florece porque florece, / no tiene preocupación para sí misma, / no desea ser vista»–, creí recibir una lección de sabiduría y aceptar sin rebeldía la ignorancia radical, por parte de Gaspar, del principio de causalidad. Esperé que tanto los conceptos brutales de la psiquiatría como las palabras humillantes del lenguaje común, calificativos como *retrasado*, *inadaptado*, *tonto*, *bobo*, *imbécil*, *idiota*, *tarado*, perderían su poder de negar la existencia de su psiquismo y de ultrajar su honor de ser humano. Pensaba entonces que, en virtud de estas palabras poéticas, mi hermano podía encontrar su lugar en una misteriosa comunidad de los vivos.

Más tarde, me pregunté una y otra vez lo que quería decir el filósofo humanista y progresista Ernst Bloch cuando escribía: «El hombre descubrirá que no podrá irrumpir en el cielo con su cabeza, sino que tendrá que convertirse de la forma más seria en *Narr*, un idiota interior», pudiendo *Narr* significar *imbécil*, *idiota*, pero también *loco*. Desconozco cómo Gaspar, gran inválido de

una guerra que ningún animal tiene que librar, se ha convertido, en el transcurso de un oscuro recorrido psíquico, seguido por un implacable tratamiento químico, en un *Narr*.

Esta palabra de Ernst Bloch hace curiosamente eco a un versículo de las Bienaventuranzas en el Evangelio de Mateo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos». De niña, cuando oía estas palabras, por más que me repitieran que no se refería en absoluto a los simplones, ni desde luego a los pobres de carne y hueso, sino a aquellos capaces de abandono interior, me empecinaba en pensar que esta palabra de Cristo se dirigía a mi hermano.

En efecto, el mal que padece es la inocencia, ignora la malicia, la mentira, el disimulo, reacciona desde hace mucho como una víctima, como un cordero al que van a llevar al matadero. ¿Cómo entonces no recorrer la literatura y la música rusas, buscando en *El Idiota* de Dostoievski a un personaje que me ayudaría a acompañarlo un poco en su noche? Pero la epilepsia del príncipe Mys-hkin me remitía a los locos por Cristo y a una cultura mística por demás alejada del espíritu de las Luces al que aspiro. En cambio, la sencillez santa del lamento cantado por Nikolka al final del *Borís Godunov* de Músorgski, la miseria y la inconsciencia del infortunado mendigo habrían podido ayudar a apaciguar mi rabia. No obstante, el derecho del inocente ruso a decirle sus verdades al zar y a anunciar las desgracias futuras de Rusia pronto me agobió por su exceso de sentido y su redundancia ortodoxa, finalmente tan alejados de mi pobre Gaspar y del silencio abismal del cual sólo sale para ser *machacón*, como le decía su madre.

En su oscuridad surge música, y el hecho de que reproduzca en el piano las melodías que ha oído me reconforta. A veces, al final de la tarde, le propongo escuchar un concierto en la radio o la televisión. Permanece un rato apasionadamente atento, preguntando incluso el nombre de ciertos instrumentos, antes de levantarse de repente para efectuar uno de sus ademanes rituales favoritos, el de cerrar los postigos, siempre a la misma hora en cualquier temporada, hasta en agosto, a plena luz del día. Si intento otras cosas con él, como enseñarle retratos de personas que han formado parte de nuestras vidas, las reconoce, fotografías de caballos, y esboza una sonrisa. Sin embargo, nunca toma la mano tendida, las tentativas de acercamiento y los movimientos hacia él son siempre, aparentemente, en vano.

Así me tiene en constante jaque y, cada día, inexorablemente, suscita en mí tres fases: la esperanza insensata de un prodigio, la decepción y la renuncia. Me obliga a aguardar los signos de un modo distinto al de la vida de todos los días porque, si acaso reacciona, lo hace con retraso y de forma distinta de lo que podría esperarse, según una temporalidad tan diferente que uno podría preguntarse, sin duda inadecuadamente, si su registro sensorial funciona como el nuestro. «Si le pinchan, ¿no sangra? ¿No se ríe si le hacen cosquillas? ¿No se muere si le envenenan?». Estas palabras de Shylock me persiguen, y es a Gaspar a quien las dirijo a veces en silencio, ya que algunas de sus reacciones, que podrían interpretarse como un acceso al tiempo y a la realidad, sólo se rigen mediante una implacable ritualidad probablemente relacionada con una angustia constante.

Una observación en frío de esta repetición de ademanes y frases carente de sentido la definiría como un proceso puro. No cabe

duda de que eso no es la vida, pero se trata de su vida para mí, que desconozco todo de su devenir humano interrumpido, por segunda vez, por la administración de neurolépticos. Me aferro entonces a indicios minúsculos para alejar este muro alguna vez erguido por los médicos, menos a modo de terapia que como quitamiedos.

Y sin embargo, un día que llegábamos al campo, murmuró: «estoy contento». Recibí esta expresión surgida de su niebla, de su diminuto territorio de comunicación, como un don.

Para dar a entender el desorden de mis emociones y mi insistencia aparentemente mística en una esperanza de liberación, es preciso que relate aquí lo que fue un momento cumbre de nuestras cuatro existencias. La hermana de mi padre era religiosa y pertenecía a una orden de improbable nombre: «Auxiliadoras de las almas del purgatorio». Nuestra madre, que había nacido judía y se había bautizado para casarse, fue magníficamente recibida por esa mujer tan inocente en su antisemitismo familiar como en su entusiasmo por la llegada de esta cuñada al seno de la Iglesia. Ella ofreció que la comunión de mi hermano se llevara a cabo en el convento de su orden en Marsella. En una expedición llena de improvisación, nos embarcamos poco después de la Liberación en un tren abarrotado. Viajamos medio sentados sobre nuestras maletas en el pasillo y llegamos a las Auxiliadoras marsellesas. Fue una ceremonia conmovedora; Gaspar, sin entender nada del significado de los gestos que se le habían enseñado, actuó en perfecta conformidad con lo que se esperaba de él. No hubo el menor incidente, caída de hostia o tropiezo frente al altar y, gracias a la estrecha compatibilidad de sus síntomas con los ritos del catolicismo, nunca más dejó de ir a misa y comulgar. El hecho de que mujeres y hombres de Iglesia, lejos de considerar esta celebración como una farsa, la hayan entendido como un sacramento recibido en la plenitud de su significado, me conmueve tanto como a mis trece años, aunque esas cosas hayan dejado hace mucho de tener el menor significado para mí.

En el siglo XVIII, el abad de L'Épée consiguió enseñar la religión en tres idiomas, el francés, el latín y el italiano, a los jóvenes sordomudos que tenía a su cargo. Así, estos pobres hijos de hombres, convertidos por la ausencia de lenguaje en *idiotas profundos*, niños salvajes, pudieron recibir los sacramentos de la Iglesia y ser repatriados a la humanidad que, para este hombre, sólo podía entenderse como la familia de los verdaderos hijos de Dios. «Mi método, escribía, permitirá traer de vuelta a nuestros hermanos, nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros comensales».

Este sacerdote buscaba restituir a los sordomudos su herencia, robada por la naturaleza, la de estar creados a imagen y semejanza del Verbo. Y su mayor orgullo consistía en el hecho de que algunos de sus discípulos habían llevado a cabo «un ejercicio público sobre el sacramento de la eucaristía, cuyo programa anunciaba, entre varias otras cosas, que darían cuatro pruebas de la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo bajo las santas especies». Es con miras a estas actuaciones, que pueden parecernos poca cosa pero que, para él, les volvía sumamente dignos de comulgar, por lo que les había enseñado a oír y a hablar mediante las vías de la vista y el tacto. En esa claridad, a mi parecer la más radiante del siglo, la de la «Institución de los Sordos y Mudos», en una mezcla asombrosa de Luces y oscurantismo, el abad de L'Épée resultó ser un sublime filántropo: a través del catecismo, una sarta de mentiras a decir de sus contemporáneos filósofos, rehabilitó a crías humanas devolviéndoles el sentido común, «la cosa mejor repartida en el mundo».

«Habla y te bautizo», habría dicho, otro día del mismo siglo XVIII, el cardenal de Polignac a un simio del Jardín del rey. Aquel autor de un panfleto reaccionario, *El Anti-Lucrecia*, aquel

feroz cartesiano que, al contrario del manso abad, convertía la Gran Ménagerie en tierra de misiones con una ocurrencia, ignoraba el significado de hablar cuando increpó a un mono antropomorfo con esta orden, «habla» y esta promesa, «te bautizo».